



Investigaciones Geográficas (Esp)

ISSN: 0213-4691

investigacionesgeograficas@ua.es

Instituto Interuniversitario de Geografía

España

Valero Escandell, José Ramón
MOVIMIENTOS INMIGRATORIOS TEMPORALES RECIENTES EN LA PROVINCIA DE
ALICANTE
Investigaciones Geográficas (Esp), núm. 9, 1991, pp. 191-202
Instituto Interuniversitario de Geografía
Alicante, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=17654237013>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

MOVIMIENTOS INMIGRATORIOS TEMPORALES RECIENTES EN LA PROVINCIA DE ALICANTE

José Ramón Valero Escandell

RESUMEN

Movimientos inmigratorios temporales recientes en la provincia de Alicante. El artículo trata sobre este tipo de desplazamientos, que mueven a miles de trabajadores cada año en aquellos sectores en los que la mano de obra autóctona es insuficiente, especialmente en la agricultura, turismo y construcción (actividades sobre las que se centra el estudio); pese a su volumen, es total la carencia de datos oficiales sobre el tema, por lo que ha sido imprescindible recurrir a fuentes no estadísticas (orales, principalmente) para conocer su magnitud y los problemas que padecen los migrantes (alojamiento, salarios, contratos, escolarización...).

SUMMARY

Recent temporary migratory movements in the Province of Alicante. The article deals with this type of movements that displace thousands of workers each year in those sectors where the local workforce is insufficient, especially in agriculture, tourism and building (activities on which this research is based). Despite its amount, it is great the lack of official information on the topic, therefore, we have been obliged to turn to non-statistical sources (mainly oral) to get to know its importance, and the problems the immigrants have to endure (lodgings, wages, contracts, schooling).

Pese a que su incidencia sobre la sociedad alicantina es tan escasa que la mayoría de la población no se percata de ellos, los movimientos inmigratorios de carácter temporal son notablemente frecuentes en la provincia: es posible que el número de personas que los realiza supere holgadamente a la cifra de aquellos que anualmente se establecen de modo definitivo en Alicante (incluyendo desde desplazamientos intraprovinciales a llegadas desde el extranjero). Entre estos movimientos inmigratorios temporales, por supuesto, no incluimos a los trasladados de carácter pendular y frecuencia diaria, que no suponen cambio de residencia ni migración en un sentido estricto; ni siquiera se han incluido los desplazamientos de frecuencia semanal y origen intraprovincial, los de aquellas personas que por trabajo, estudio u ocio residen en poblaciones diferentes los días laborales y los fines de semana.

Desconocemos cuál puede ser el volumen global de los desplazamientos temporales: si las estadísticas sobre la vendimia -dado que presuponen una salida del territorio estatal- son cada vez más precisas, los estudios oficiales sobre movimientos migratorios no definitivos en el interior de España son inexistentes y sólo el análisis particularizado de algunas fuentes (como las fichas del INEM sobre nuevas contrataciones) podrían arrojar alguna luz, muy parcial y con deficiencias fundamentales (¿qué residencia indica el contratado, la del lugar de procedencia o la del destino?, ¿cómo averiguar datos sobre el tan frecuente empleo no regulado? ¿quién acompaña al trabajador?, ¿cuáles son sus condiciones de vida?), pese a que exigirían un laboriosísimo proceso investigador. Tampoco los ayuntamientos poseen una información más detallada sobre ellos. Esta carencia de datos oficiales sobre la cuestión ha hecho necesario recurrir a otro método de investigación no estadístico: las entrevistas con aquellas personas que por su convivencia con los temporeros o por el cargo que desempeñan pueden informar con conocimiento de causa sobre la cuestión; entre los entrevistados se han seleccionado desde dirigentes empresariales o sindicales de los sectores económicos afectados a trabajadores con empleos de cierta responsabilidad en empresas que recurren a esta mano de obra. La comparación de las diferentes informaciones facilitadas ha hecho posible extraer una serie de características generales que nos aproximen al conocimiento de estos desplazamientos. A lo largo del artículo se incluyen citas textuales de algunas conversaciones de las que conservamos testimonio sonoro; existieron muchas otras que no se citan por haberse mantenido de un modo mucho más espontáneo o a causa de la negativa del informante a que se grabase la conversación.

Estas migraciones son particularmente significativas porque en muchas ocasiones suponen un primer paso para el asentamiento definitivo de los trabajadores desplazados y de sus familias, pero en el caso alicantino representan también el más radical cambio de tendencia migratoria ocurrido en una provincia que, al menos desde principios del siglo XIX, ha sido lugar de origen de miles y miles de temporeros que se han dirigido a otros lugares españoles o del exterior, tal vez con una intensidad y una variedad difícilmente igualables en otros territorios peninsulares. Desde estas comarcas del sur valenciano surgió la mayor emigración agraria de carácter golondrina hacia la Argelia Francesa¹ desde mediados del siglo pasado, que en muchos casos afectaron a gentes cuyos padres y abuelos ya se desplazaban cada verano en cuadrillas de segadores hacia Aragón o Castilla²; también cabría citar a los segadores de arroz de La Marina (denominados «*blavets*» en los pueblos de La Ribera valenciana), los «*estorers*» crevillentinos, los «*teulers*» o «*castellers*» de Biar o Castalla, los «*geladors*» ibenses o jijonencos, los «*torroners*» de Jijona...unos procesos migratorios hoy casi desaparecidos que intentaban remediar la insuficiencia de recursos de la economía agraria de los secanos alicantinos³. La vendimia, de origen más reciente,

¹ Sobre la emigración de alicantinos a la Argelia francesa, vid:

BONMATÍ ANTÓN, José Fernández: «Evolución de las causas de emigración de alicantinos a Argelia durante el siglo XIX», *Estudis sobre la població del País Valencià*, 1988, pp. 1.065-1.076 y *La emigración de alicantinos a Argelia, 1880-1930*, Universidad de Alicante, 1989, pp. 270.

SEVA, Antoni: *Alacant, 30.000 pieds-noirs*, 1968, p. 141.

VILAR, Juan Bta.: «Los alicantinos en la Argelia Francesa (1830-1914)», *Anales de Historia Contemporánea de la Universidad de Alicante*, n.º 1, 1982, p. 127-161.

² Sobre las condiciones en que se desarrollaba la emigración de segadores, vid. ALTAMIRA CREVEA, Rafael: *Derecho consuetudinario y economía popular en la provincia de Alicante*, 1905, (ed. facsímil, 1985, Alicante, Instit. Est. Gil-Albert, Diputación Provincia de Alicante). Acerca de la importancia que en un municipio concreto, Elda, tuvo dicha migración temporal en la primera mitad del siglo XIX, vid: VALERO ESCANDELL, J. R.: *Estudio de la población eldense*, 1980, Memoria de licenciatura (inéd.), pp. 119-120.

³ Es difícil encontrar bibliografía que trate estas migraciones de modo mínimamente detallado, habiéndose de recurrir a informaciones marginales incluidas ocasionalmente en algunos estudios sobre otras cuestiones o a testimonios de carácter literario. No obstante, puede encontrarse información sobre los *estorers*, que a veces transformaban en verano sus locales en horchaterías, en GOZALVEZ PEREZ, V: *La industria de esteras y alfombras en Crevillente*, 1975, Alicante, Círculo de Economía, pp. 16-17 y en SEIJO ALONSO, G.: *Las bebidas valencianas*,

mantiene todavía una importancia notable en la economía de los grupos sociales más modestos de la comarca de la Vega Baja del Segura, aunque las cifras se reducen de año en año y los alrededor de dos mil vendimiadores alicantinos de 1989 se alejan bastante de aquellos 7.168 (a los que se unían muchos que no se registraban oficialmente porque apenas hallaban beneficio en ello) que se movilizaron en 1966, según el I.E.E.

Si descontamos a vendimiadores y heladeros (que hoy marchan en situaciones mucho menos penosas que antaño), podemos asegurar que ya no existen desplazamientos temporales colectivos de importancia en la provincia.

Hoy Alicante, también en desplazamientos temporales, es una provincia receptora de población. Estos traslados afectan a una amplia gama de actividades económicas, que incluirían desde aquellos artesanos que acuden en verano a los mercadillos de las playas más concurridas a vender los productos que ellos mismos han realizado en invierno en sus lugares de residencia habitual hasta los heladeros que desde San José a El Pilar se desparraman por toda la provincia⁴. Sin embargo, son la agricultura, la hostelería y la construcción las actividades que atraen a mayor número de trabajadores temporales llegados desde otros puntos de España.

1. Los temporeros agrarios

Las mejores condiciones laborales de todo tipo ofrecidas por el trabajo asalariado en la industria, la construcción y los servicios, y el aumento del empleo en estos sectores a lo largo de la segunda mitad del presente siglo, han sido los factores fundamentales que han influido en la reducción del número de jornaleros agrarios en la mayor parte de los municipios rurales alicantinos: muchos de ellos emigraron a otras localidades o cambiaron de dedicación sin variar de residencia; en otros casos, el descenso se debe a no haberse producido el reemplazo generacional entre estos trabajadores, dado que la mayoría de hijos de los antiguos jornaleros trabajan hoy en otras profesiones. Hoy los jornaleros alicantinos no se alejan temporalmente de la provincia, si descontamos la emigración de los vendimiadores; es más, el descenso en el número de los que marchan a los campos franceses se produce tanto o más por la escasa compensación que ello representa actualmente (para el esfuerzo que supone) que por la disminución de la demanda laboral producida en las comarcas vinícolas del país vecino (por ello, el descenso de vendimiadores ha sido mayor en Alicante que en el conjunto del Estado).

Esta disminución del número de jornaleros produce una fuerte escasez de mano de obra

1980, Alicante, Ediciones Villa, pp. 26-29, (en este último libro también se habla de los desplazamientos de *geladors ibenses*); sobre los *blavets* de La Marina, antiguos segadores de arroz, es bellísimo el capítulo «Quan els homes se n'anaven a La Ribera», del libro de narrativa de SÁNCHEZ-CUTILLAS, Carmelina: *Matèria de Bretanya*, 1976, Valencia, Tres i quatre, pp. 95-99 y aparece información, en CABRERA GONZÁLEZ, M.^a Rosario: *El cultivo de la viña y la elaboración de la pasa en la comarca de la Marina*, 1976, Alicante, C.A.P.A., p. 33; antiguas migraciones de *torroners* jijonencos aparecen reflejadas en GALIANA CARBONELL, F.: *Anecdotalio jijonenco*, 1977, Alicante, Gráficas Nuremberg, p. 129. Sobre *teulers* (o *castellers*, tejeros), desconocemos fuentes bibliográficas pero aún vive gente que ejerció el oficio y existe una calle en Biar dedicada a ellos.

⁴ La mayoría de heladeros alicantinos (originarios mayoritariamente de Jijona y, en menor medida, Ibi y otros pueblos de la Hoya de Castalla) sólo en una pequeña proporción se instalan en la propia provincia, repartiéndose de forma equilibrada por toda la geografía española. Actualmente, dado que la conversión de las heladerías en cafeterías durante el invierno ayuda a rentabilizar el negocio, se está perdiendo el carácter temporal de estas migraciones.

en aquellos momentos en que más intenso es el trabajo agrario, singularmente -aunque no sólo entonces- en el momento de la recolección. Entre aquellos que carecen de empleo estable, muchos varones jóvenes prefieren acudir al trabajo en la construcción (con cuyos salarios reales actuales no puede competir la agricultura) y muchas mujeres prefieren el trabajo sumergido que, aunque generalmente peor pagado, requiere menor esfuerzo.

Todas las fuentes consultadas manifestaban que existe escasez de trabajadores agrarios eventuales en aquellos momentos en que se necesitan en mayor número; esta escasez -que no es en absoluto un problema particular alicantino (los tabaqueros cacereños o los cultivadores catalanes de fruta se quejan de lo mismo)- aparece desde los municipios de El Marquesado hasta los de la Vega Baja y actualmente se encuentra agudizada a causa de la fuerte demanda de trabajadores generada por la construcción y por la mayor sensibilización administrativa ante los abusos cometidos con jornaleros norteafricanos en situación irregular. En ocasiones, tanto propietarios rurales como sindicalistas (por motivos bien diferentes) se preguntan en voz alta si es posible que existan trabajadores agrarios asalariados dentro de algunos años, dado que los jóvenes acuden cada vez menos a estas labores.

Por todas las razones explicadas, cada vez llegan a la provincia de Alicante más temporeros del campo procedentes de otras provincias, que se ocupan de trabajos agrarios diferentes según las zonas a las que acuden por lo que abarcan la práctica totalidad de los días del año (aunque sean escasos aquellos que combinan campañas diferentes):

«Llegan para las campañas de recolección de algodón, tomate, almendra y cítricos, básicamente. Luego, cabe la posibilidad de que para los nísperos y cerezas utilicen también temporeros, pero es más difícil porque se necesita mano de obra más cualificada. Las épocas son: el algodón, desde septiembre a diciembre; tomate, desde junio a septiembre; almendra, de agosto a octubre; níspero y cereza, en el caso de que se necesite, de abril a junio; cítricos, todo el año pero, básicamente, de abril a Julio»⁵.

Este resumen esquemático, realizado por Santiago Pascual, técnico de Jóvenes Agricultores en Alicante, es ampliado y matizado por otras fuentes consultadas: desde los que quitan importancia a algunas campañas, como el algodón, hasta los que piensan que el cultivo del níspero requiere normalmente un número apreciable de trabajadores foráneos, pasando por el hecho de que algunas grandes explotaciones se han especializado en determinados productos (caso de la producción de pimientos o alcachofas en «Lo Romero», enclavada entre Murcia y Alicante) y de que en algún municipio se requiera mano de obra para otros cultivos (caso de las habas en Catral, por ejemplo)⁶. Algunos entrevistados amplían el período de tiempo en el que se necesitan trabajadores para algunas campañas: por ejemplo, la compañía Bonny, S.A. de San Juan necesita temporeros para sus cultivos de tomate durante más meses y la agricultura de El Pilar de la Horadada precisa trabajadores ajenos durante casi todo el año. Es cierto que buena parte de los jornaleros contratados proceden de poblaciones próximas, que se desplazan diariamente con sus propios coches y

⁵ Conversación con Santiago Pascual, Técnico de «Jóvenes Agricultores», Alicante, 10/5/1989.

⁶ «También en este año 1989 se ha hecho la recogida de las habas por gentes procedentes de pueblos vecinos, como Crevillente, o de provincias andaluzas». (Conversación con Alfredo García Molina, Presidente de «Jóvenes Agricultores» de Catral, Catral, abril de 1989).

«...llegan sobre octubre o noviembre, para las primeras recolecciones de pimientos y alcachofas; siguen con la recogida de naranjas y limones y, después, de nuevo con los pimientos hasta agosto del año siguiente» (Conversación con Francisco Blanco, trabajador administrativo de una explotación agrícola de El Pilar de la Horadada, 13/5/1989).

no generan por tanto ningún tipo de migración; Crevillente y algunos municipios de la Vega Baja son poblaciones desde las que suelen salir habitualmente trabajadores hacia otros términos; en el caso de Catral aparece la paradoja de que los trabajadores de la localidad marchan a otros municipios mientras que allí deben contratar a gentes de otros lugares para suplirlos. Pero, aunque en algunas poblaciones la oferta laboral sea superior a la demanda, en la gran mayoría de la provincia se necesita mano de obra forastera, no sólo para la recolección sino también para algunos otros trabajos, bien en los campos, bien en el manipulado posterior en almacenes.

Resulta muy difícil evaluar con precisión el número de temporeros agrarios que acuden a la provincia de Alicante a lo largo del año, dado que carecemos de fuentes oficiales precisas sobre ello y que muchos trabajos se realizan de modo irregular. Pese a ello, el ya citado Santiago Pascual estimaba que el número podría situarse entre las seis o siete mil personas. Sin embargo, algunos cálculos pormenorizados de otros informantes de la provincia podrían hacernos considerar la cifra anterior como moderada; sólo la empresa Bonny, con plantaciones en la comarca del Campo de Alicante, necesita alrededor de trescientos temporeros anuales; la explotación agraria «Lo Romero» (compartida con Murcia) emplea a unos cuatrocientos eventuales y el Grupo Sindical de El Pilar de la Horadada alrededor de setecientos; a Catral acuden alrededor de doscientos...

Los municipios a los que acuden estos trabajadores se reparten por la práctica totalidad de la provincia, salvo en algunas comarcas interiores (como los Valles de Alcoy o la Hoya de Castalla) que rara vez recurren a personal venido de otros lugares. Los temporeros llegan a cada lugar en períodos distintos y para campañas diferentes: la del algodón -que no requiere demasiada mano de obra foránea pese a ser difícilmente mecanizable dada su buena calidad- se encuentra muy localizada en la Vega Baja, mientras que la del níspero se concentra en Callosa de Ensarriá y poblaciones vecinas, la recogida de uva de mesa en el Medio Vinalopó, el tomate en el Campo de Alicante y los cítricos en la Vega Baja y en el Marquesado.

Las zonas de origen de los inmigrantes temporeros coinciden a grandes rasgos con el territorio que envió mayor número de emigrantes rurales hacia Alicante a lo largo de los años sesenta: básicamente son trabajadores procedentes de la Andalucía Oriental (sobre todo, de los pueblos de Jaén y del norte de Granada), de Murcia (desde Cieza y otros municipios de la Vega Alta), de Castilla-La Mancha (casi todos albaceteños) y, en menor cantidad, de Extremadura. También, en ocasiones, acude gente de la provincia de Valencia pero estos lo hacen sólo a la campaña de los cítricos y suelen venir contratados por los propios almacenistas valencianos que han adquirido la producción de algún huerto y deben recogerla por su cuenta; a veces, cuando necesitan acabar rápidamente la recolección, estos almacenistas también contratan trabajadores en los propios campos.

Los temporeros suelen ser gentes que acuden año tras año, cuando llega el tiempo, a las mismas campañas y a las mismas fincas en que trabajaron el año anterior; no suelen variar demasiado su número y las bajas que se van produciendo (aquellos que no regresan por la edad, por problemas de salud o por algún otro motivo) suelen cubrirse con nuevas incorporaciones de jóvenes reclutados por ellos mismos. En ciertos casos, cuando la falta de trabajadores es notoria, son los mismos propietarios los que se encargan de conseguirlos en otras provincias; alguna empresa los ha llegado a traer semanalmente en autocares desde sus lugares de origen, pero no es frecuente. Los campesinos modestos, por contra, apenas contratan mano de obra y, en las escasas ocasiones en que lo hacen, tratan de emplear a trabajadores de la localidad o conocidos.

Los temporeros suelen acudir agrupados bien en familias -por lo general compuestas por cuatro o más miembros y no necesariamente monocelulares, siendo frecuente la existencia

de tíos, sobrinos...- bien en cuadrillas de un mismo pueblo, existiendo también una situación mixta: la llegada de cuadrillas suficientemente amplias como para incluir a varias familias, normalmente con alguna relación de parentesco o amistad. Esto hace que sea posible mantener de un año para otro el contacto entre los jornaleros y los empleadores, dado que siempre suelen existir personas de referencia para realizar la contratación; además, ello consigue reducir en gran medida cualquier tipo de problemas o tensiones que puedan plantearse.

El salario percibido está sujeto a amplias fluctuaciones, pudiendo oscilar -en 1989- desde unas 2.500 ptas. por día trabajado, como mínimo, hasta las más de 4.500 que pueden conseguir trabajadores muy diestros en campañas como los cítricos o el algodón. Por supuesto, el salario recibido y la forma como se determina (jornal fijo, destajo o fijo con productividad mínima) es distinto de unos cultivos a otros, de unas labores a otras. Aunque los salarios se acogen teóricamente a un convenio colectivo, es cierto que éste sólo tiene vigencia en almacenes, trabajadores fijos y empresas de cierta entidad; así, la empresa tomatera «Bonny, S.A.» pagaba en la primavera de 1989 380 pesetas/hora y «Lo Romero» posiblemente acogida a un convenio diferente- 3.560 pesetas por jornada de ocho horas. Sin embargo, es más frecuente que las condiciones salariales y de trabajo se pacten verbalmente entre los jornaleros y los contratantes y dependan de los trabajos concretos a realizar (la recogida de cítricos suele ser la mejor pagada). El hecho de que puedan conseguirse en ocasiones jornales que superen las cuatro mil pesetas diarias no debe hacemos olvidar que

«...en muchas ocasiones los salarios de las temporadas de recogida manual (viñedo, olivar, algodón, remolacha, etc.) pretenden presentarse como «normales», cuando en realidad son «excepcionales», por corresponder a las semanas o meses punta del año agrícola»⁷,

como señaló R. Tamames hace algunos años.

En algunas campañas agrícolas suele trabajarse a destajo, como sucede en la recogida del algodón (que suele pagarse entre 50 y 60 pesetas por kilo recogido) y de la almendra. Ello supone que los salarios percibidos suelen responder a ritmos de trabajo bastante duros. En otros casos, suele preferirse el pago por horas (ya que algunos propietarios -generalmente, las grandes explotaciones- se quejan de que el trabajo a destajo va en detrimento del cuidado en el tratamiento del producto; en estos casos, el aumento de las retribuciones sólo es posible mediante un incremento del número de horas trabajadas: fuerte ritmo de trabajo o largas jornadas en el campo (o ambas cosas conjuntamente) son compañía ineludible de los salarios mejores. En el caso de los trabajadores andaluces, el trabajo temporal en los campos alicantinos les permite conseguir el número de peonadas necesarias para acceder al subsidio conocido como empleo comunitario, algo que aquellos que acuden a campañas cortas valoran tanto o más que el propio salario conseguido.

Las mujeres jornaleras llegan hoy en día a igualar o superar en número a los varones. Su salario no se diferencia del de éstos, aunque buena parte de ellas suelen acudir al trabajo en los almacenes (que, al pagarse por horas, se retribuye menos que el de la recolección) y las que acuden a los campos generalmente no realizan las labores de acarreo, reservadas a los hombres, por lo que suelen cobrar casi siempre algo menos.

En algunas empresas -como Bonny, S.A. y algunas del Medio Vinalopó- el trabajo en los almacenes suele ser realizado por mujeres de la comarca, que prefieren

⁷ TAMAMES, Ramón: *La República. La Era de Franco*, 1973, Madrid, Alianza Editorial, p. 392.

percibir salarios algo inferiores a realizar labores más duras en los campos de cultivo.

Por supuesto, los niños menores de 16 años no pueden ser contratados para estos trabajos; algunas fuentes, por lo general las consultadas en función del cargo que desempeñan, manifiestan que esta prohibición se cumple a rajatabla, bien porque no interesa contratar a niños que no pueden lograr la productividad de los mayores, bien por temor a las posibles sanciones administrativas (las grandes empresas no los contratan nunca) o porque se va tomando conciencia de que ello representa un modo de explotación infantil. Por contra, algunos pequeños campesinos afirman que sí es posible encontrar a algunos niños en ciertas labores agrarias (sobre todo suelen ayudar a sus padres cuando estos trabajan a destajo).

La misma existencia de niños entre los grupos de temporeros llegados a la provincia ya plantea un problema añadido: muchos niños no acuden a la escuela (y, si ello sigue sucediendo en la actualidad, podemos imaginarnos la situación durante los primeros años sesenta). Lograr su escolarización es un reto tanto para los organismos oficiales (algunos ayuntamientos comienzan a tomar medidas, como las guarderías puestas a disposición de los hijos de las vendimiadoras) como para algunas iniciativas privadas aisladas, como la que mantiene la empresa Bonny, S.A. en San Juan:

«Tenemos una fundación que ofrece enseñanza a los niños de los trabajadores y les paga, además, el material escolar y la alimentación, desde el vaso de leche del desayuno a la merienda. Además, si cumplen ese año, la empresa paga el traje y los zapatos. También se regalan juguetes en Navidad.

(...) Es un centro en el que se educan 250 niños, no todos, claro está, hijos de los temporeros llegados de otras provincias. El colegio es costeado por la empresa y en él trabajan nueve profesores. Los niños suelen acudir a él bastante motivados, muy a gusto; algunos comentan que prefieren estudiar aquí que hacerlo en su pueblo, donde a veces deben ayudar a sus padres en la recogida de la aceituna; además, la mayoría está aquí mejor alimentado».⁸

Se trata, desgraciadamente, de un caso aislado, apoyado por la capacidad económica de la empresa en cuestión y por el hecho de que muchos trabajadores pasan más tiempo en San Juan que en su lugar de residencia; no sería posible ni en el caso de los pequeños agricultores empleadores ni en el de las campañas de duración reducida. En El Pilar de la Horadada, otro municipio en el que existen jornaleros que trabajan allí durante largos meses, el problema es grave, no sólo para los hijos de los temporeros sino para los propios colegios de la localidad que deben acoger a estos niños de escolarización problemática y discontinua, que masifican las aulas y dificultan fuertemente el desarrollo normal de las clases.

El alojamiento de los jornaleros, lejos de ser similar en unos lugares y otros, presenta diferencias notabilísimas; sí la mayoría de grandes empresas mantienen viviendas o barracones dotados de luz y agua para acoger a los trabajadores que acuden a ellas y algunos empresarios medios suelen facilitarles alguna vivienda rural, en otros casos los temporeros se alojan donde buenamente pueden, instalándose muy deficientemente en algún lugar cubierto cercano al trabajo (afortunadamente, cada vez menos) o alquilando alguna casa en el pueblo al que acuden. Estas casas alquiladas, dado que el jornalero pretende ahorrar la mayor cantidad posible de dinero para afrontar los gastos del resto del año, suelen presentar

⁸ Conversación con un ejecutivo de Bonny, S. A., compañía exportadora de tomates de San Juan (San Juan, 13/6/1989).

graves problemas de hacinamiento (se intenta, por todos los medios, alojar al mayor número posible de personas para que el alquiler resulte menos gravoso) o de condiciones de habitabilidad (dado que las viviendas peor dotadas suelen ser las más baratas).

Los problemas de convivencia planteados por estos trabajadores en los municipios a los que acuden no suelen ser graves (No han surgido aquí por el momento problemas como los aparecidos en años anteriores en municipios como L'Aldea respecto a los gitanos o en Benicarló o Torrepacheco con los extranjeros). Normalmente, no existen problemas de delincuencia y las pequeñas fricciones suelen solucionarse sobre la marcha, facilitadas por el hecho de integrarse los trabajadores en cuadrillas compuestas por gente que regresa cada año a las mismas zonas agrarias. Sólo, de cuando en cuando, algún pequeño hurto de productos del campo, algún encontronazo entre jóvenes y poco más. El hecho de que muchas familias temporeras sean de raza gitana no supone, salvo en casos aislados, una conflictividad añadida.

Por su parte, los jornaleros suelen quejarse a veces de incumplimiento de algunos puntos acordados verbalmente o de la cortedad de los salarios; pero sus quejas tampoco suelen ser muy graves, teniendo en cuenta que ello podría llevar consigo su no contratación en la próxima campaña. Recientemente, viene repitiéndose el caso de algunos trabajadores andaluces que abandonan el trabajo en el momento exacto en que han logrado el número justo de peonadas necesarias para tener derecho al subsidio.

Al contrario de lo que viene sucediendo en algunas provincias próximas (desde el Campo de Dalías almeriense al Maresme catalán) no parece que la contratación de trabajadores africanos sea un caso frecuente en estas comarcas. Se trata todavía de casos excepcionales, aislados, de algunos marroquíes o senegaleses que trabajan o han trabajado en alguna ocasión en los campos de la Vega Baja o del Marquesado, pero nunca han constituido un fenómeno significativo, aunque ya hay quién piensa que su número irá en aumento en un futuro próximo⁹ y quién teme que ello signifique un endurecimiento de las condiciones laborales de los jornaleros aquí residentes, como está ocurriendo últimamente en algunas localidades castellonenses¹⁰. Tal vez, su no incremento durante la presente campaña agrícola se deba a que los empleadores temen posibles sanciones administrativas, dada la cada vez mayor sensibilización social ante los casos de explotación surgidos en varios puntos del país.

2. Los temporeros de la hostelería

Desde que en la primera mitad de los años sesenta el turismo se convirtió en una actividad económica básica de buena parte de los municipios litorales alicantinos, comenzó

⁹ «Creemos que aumentará la llegada de personas de lejos. (...) Ya está empezando a llegar gente de raza negra, del Senegal; son muy pocos aún. En Callosa hay quien ha contratado a cuatro o seis senegaleses para trabajar diariamente en su finca También hay bastantes marroquíes...» (Conversación con A. G. M., Catral, abril de 1989).

¹⁰ «¿Qué problemas tienen los trabajadores agrarios de, por ejemplo, Castellón cuando llegan trabajadores africanos?

-A veces, deben salir fuera de sus provincias para conseguir trabajo; por ejemplo, a Alicante llega gente de Castellón a recoger naranjas y limones. Y su situación es mucho peor que antes; ahora, en ocasiones, deben pagarse la pensión cuando antes el alojamiento iba por cuenta de la empresa; la comida también deben pagársela los trabajadores; a veces deben trabajar jornadas de 11 y más horas para hacer frente a los gastos y poder lograr un salario digno, porque allí cuando termina la recogida de naranjas hay otra faena». (Conversación con José Amorós y José María Balbín, de la Federación de Trabajadores de la Tierra de U.G.T. de Alicante, 13/6/1989).

a llegar un elevado número de trabajadores temporales que acudía al empleo ofrecido por la hostelería, singularmente por los hoteles, cafeterías y restaurantes de Benidorm, Alicante ciudad y otras poblaciones importantes de la costa.

Actualmente buena parte de los establecimientos turísticos alicantinos han superado aquella situación de estacionalidad que padecieron hasta hace pocos años y alrededor del 75% de los hoteles permanecen abiertos durante todo el año, gracias en buena parte al programa de vacaciones del INSERSO para los mayores de 65 años; por ello, el porcentaje de trabajadores temporales sobre el total del empleo en la hostelería se ha reducido fuertemente en la costa alicantina y hoy sólo son un 20-30% del total, buena parte de ellos afincados en las propias localidades de trabajo. Aunque las fuentes consultadas cifraban el número de temporeros llegados de otras provincias en unas dos mil personas, hay que considerar que siguen apareciendo nuevos sectores susceptibles de emplearlos (como las empresas de limpieza de apartamentos) y que las estimaciones se realizaban basándose en los datos oficiales de empleo; no obstante, es indiscutible que el número de trabajadores de temporada en el sector turístico debe haber sufrido una fuerte reducción respecto a las décadas anteriores.

Aunque los trabajadores temporales acuden a todas las poblaciones de la costa, sigue siendo el área de Benidorm el lugar donde se concentra la mayor parte de las posibilidades de empleo; en esta ciudad, el grueso de temporeros proceden del medio rural (de Andalucía mayoritariamente, pero también de Castilla-La Mancha, Extremadura, Murcia e incluso Castilla-León) y son empleados en los puestos de trabajo menos cualificados de los hoteles: los hombres suelen ser camareros de mesa, pinches de cocina, jardineros; las mujeres, camareras de piso y, en menor medida, de mesa. Rara vez se les contrata para funciones mejor retribuidas (los empleos de recepcionista, «maitre»,... suelen ser desempeñados por gente habitualmente residente en la ciudad).

Paralelamente, existe otra inmigración temporal procedente casi siempre de entornos urbanos y con un mayor nivel cultural que suele acudir a trabajos relacionados con las discotecas o el trato con la gente; muchos de ellos no buscan sino la manera de conseguir disfrutar de vacaciones sin que ello suponga desembolso económico. Dado que se les suele exigir el conocimiento del inglés, es muy corriente la existencia de trabajadores ilegales procedentes de países de Europa Occidental, en especial en bares para extranjeros, discotecas o agencias de viaje.

El período en que se solicitan trabajadores temporales en la hostelería se extiende entre Semana Santa y octubre, en el caso de los contratos de seis meses, aunque también existen trimestrales. Los salarios no suelen ser elevados -dado que se encuentran en los puestos de trabajo peor remunerados de la hostelería- y oscilan, según convenio, entre las cincuenta y cinco mil y las setenta mil pesetas en 1989; sin embargo, suelen superarse estas cifras bien aumentando el número de horas diariamente trabajadas, bien renunciando total o parcialmente a los días libres disponibles (muchos trabajadores no conocen a gente en la ciudad o tratan de evitar parte de los gastos que supone salir a divertirse). En algunos puestos de trabajo, como en los bares de terraza, los ingresos pueden variar mucho a causa de las propinas.

Las mujeres, dentro de cada categoría laboral, reciben salarios iguales al de los hombres, si bien sucede que aquellos empleos desempeñados mayoritariamente por los varones suelen estar mejor retribuidos que los que normalmente realizan las mujeres: un camarero de mesa cobra más que una camarera de piso; pese a ello, las diferencias en convenio no suelen superar las cinco mil pesetas mensuales.

En las migraciones temporales hosteleras la manera común de agrupamiento no suele ser la familia, aunque ello depende de la existencia de hijos o de la edad de éstos; la

mayoría de los que acuden actualmente no superan los treinta y cinco años y llegan en grupos pequeños, de cuatro o cinco personas. Hace algunos años era normal la llegada de grupos mayores y había hoteles que traían furgonetas (e incluso algún autocar) repletas de trabajadores desde algunas poblaciones andaluzas; era frecuente que los primeros en llegar llamasen a varios amigos o conocidos, originando cadenas de inmigración que explican que hoy en Benidorm existan cientos de residentes llegados desde un mismo municipio rural. Antes, y ahora también en algún caso, abundaban los trabajadores temporeros que aprovechaban el carácter estival de este trabajo para complementarlo con la recogida de la aceituna en su lugar de residencia, de ahí el elevado número de gente llegada de comarcas olivareras a Benidorm; poco a poco, muchos de ellos -si conseguían un trabajo más o menos estable o la promesa de renovar el empleo veraniego el próximo año- se fueron afincando en Benidorm, con la esperanza de que la residencia en la ciudad les ayudaría a mejorar sus posibilidades laborales. El trabajo temporal fue, pues, el primer paso para la instalación definitiva en la ciudad o en poblaciones limítrofes en las que el coste de la vivienda fuese más accesible. En la actualidad son ya muy pocos los trabajadores veraniegos llegados de otras provincias que permanecen en Benidorm cuando concluye su trabajo; es posible, no obstante, que en otras poblaciones litorales sí continúen produciéndose procesos similares.

El tipo de alojamiento de los temporeros de la hostelería también ha variado con los años. Era costumbre que los trabajadores se instalasen en los propios hoteles que les contrataban, aunque fuese en habitaciones muy pequeñas, marginales, con escasa ventilación y compartida con varios compañeros; pero, al tratarse normalmente de personal joven, con escasas exigencias y pocas horas de descanso, todos se amoldaban. Con el tiempo, casi todos los hoteles han suprimido estos alojamientos y los trabajadores deben costearse una vivienda; por ello, dados los precios de alquiler de los apartamentos -en Benidorm casi nunca por debajo de las cuarenta mil pesetas mensuales, en 1989, por muy reducido y mal acondicionado que esté- el problema del hacinamiento se agrava, porque intentan compartirlo un excesivo número de personas, para que el costo se reduzca sensiblemente.

Las principales quejas laborales de estos trabajadores suelen centrarse tanto en los bajos salarios, como en el incumplimiento de las condiciones de trabajo, aunque la misma representación patronal¹¹ reconoce que no plantean excesivos problemas dado que es gente que sólo desea conseguir la mayor cantidad posible de dinero; sin embargo, las horas extras trabajadas no suelen remunerarse según marca el convenio sino como horas normales o, todo lo más, mediante acuerdos particulares, siempre por debajo de lo fijado oficialmente. El trabajo clandestino estricto casi nunca aparece en los hoteles pero sí en otros subsectores hosteleros, como los bares o la limpieza de apartamentos (un sector casi sumergido que controla una gran cantidad de puestos de trabajo real). Todos son conscientes de que el hecho de ser personal discontinuo, y por ello sujeto a posible contratación o no en años venideros, hace que la mayoría no proteste ante situaciones que sigue considerando injustas; la afiliación sindical es prácticamente nula entre los temporeros.

El número de trabajadores temporales extranjeros en la hostelería alicantina es notable y casi nunca se ajusta a las ordenanzas laborales existentes. No se trata de trabajadores humildes de origen tercero mundista sino de jóvenes ingleses, o que dominen el inglés, que son empleados por las discotecas o como guías turísticos, en medio de una total tolerancia por parte de la administración española. Algunas empresas turísticas enfocadas casi exclusivamente hacia personas de una nacionalidad concreta suelen trasladar a trabajadores que dominen dicha lengua; así, una importante empresa hostelera alemana contrata cada verano a

¹¹ «El temporero es una persona que pretende ganar lo máximo posible, que sólo se preocupa de realizar el mayor número de horas de trabajo para poderse llevar más dinero a casa» (Conversación con José María Díez, presidente de la Asociación de Empresarios de Hostelería de Benidorm y Comarca, Benidorm, 2/6/1989)

alemanes y austriacos para sus instalaciones de la zona de Denia. Recordemos que el sector turístico es el principal generador de empleo para extranjeros de toda la economía provincial.

3. La inmigración temporal en la construcción

La llegada de trabajadores de la construcción de otras provincias dispuestos a realizar tareas temporales muy concretas es un fenómeno bastante reciente que se relaciona-aunque también la edificación en poblaciones industriales y la infraestructura viaria han aumentado- con la ya explicada fiebre constructora que invade el litoral alicantino desde las playas de Denia a la Torre de la Horadada. Por ello, aunque comenzó hace ya algunos años, es ahora cuando el proceso inmigratorio ha adquirido su máxima intensidad hasta el punto de que diversas fuentes del sector calculan que el número de estos trabajadores que anualmente acuden a la provincia debe oscilar entre las ocho y diez mil personas, es decir, sería ahora la principal corriente inmigratoria temporal alicantina. El número de trabajadores varía estacionalmente, siendo mayor durante la primavera y el verano (con la llegada del buen tiempo, que posibilita jornadas laborales más prolongadas, y con las prisas por concluir apartamentos turísticos, remozar las instalaciones de los hoteles y acondicionar los locales de temporada).

El desarrollo de la construcción alicantina ha posibilitado las facilidades de trabajo y la mejora de los salarios reales, haciendo olvidar la grave crisis padecida en los años finales de la década anterior, cuando el número de parados aumentó, muchos obreros buscaron empleo en otros sectores y otros debieron establecerse como trabajadores autónomos para conseguir ser contratados.

Aunque los trabajadores temporales acuden a casi todas las poblaciones importantes de la provincia, la mayoría se concentra en el litoral, siendo notable el incremento de las edificaciones en la costa sur provincial. La gran mayoría proviene de Castilla-La Mancha (desde Caudete, por ejemplo, acude cada semana un buen número de trabajadores a la construcción alicantina), Murcia (desde zonas como Abanilla o Cieza), Andalucía e incluso desde la provincia de Valencia (sobre todo a las obras de municipios como Denia o Jávea). Es frecuente, dada la demanda actual, que muchos de ellos no sean albañiles con conocimiento del oficio sino jornaleros agrarios que prefieren aprovechar las posibilidades coyunturales de una profesión con salarios más elevados y menos eventuales.

No se trata en modo alguno de una emigración de carácter familiar sino, por el contrario, de hombres solos, agrupados en cuadrillas que vienen a realizar un trabajo concreto: el encofrado, el tabicado, el alicatado de alguna construcción, regresando después a su lugar de origen o marchando a otra obra diferente. Estas cuadrillas suelen estar integradas por un número muy variable de personas, con una minoría cualificada -generalmente de mediana edad, rara vez jóvenes- que realiza las labores más especializadas, mientras el resto colabora preparando aquellas o completando el trabajo. Es muy raro en la actualidad tanto la llegada de familias concretas como el establecimiento definitivo de trabajadores, que sólo ocurre entre los técnicos y entre aquellos que poseen familia ya afincada en los lugares de trabajo o encuentran posibilidades laborales a largo plazo (algo no excesivamente frecuente); podemos decir que aquella corriente migratoria paradigmática del éxodo rural en la que el campesino de mediana edad abandonaba su ocupación agraria y pasaba a trabajar en la ciudad como peón de albañil porque ello no requería especial cualificación está muerta y bien enterrada. Hoy muchos obreros de la construcción regresan, si la distancia no es muy elevada, a su pueblo cada noche; la mayoría vuelve cada fin de semana y sólo los que se encuentran muy lejos de casa lo hacen de mes en mes.

Aunque el salario de convenio en la construcción oscila entre las setenta y las ochenta mil pesetas mensuales, el real supera casi siempre las cien mil, aunque ello presuponga trabajar a destajo; más aún, son frecuentes los casos en que se duplica y hasta triplica el salario, pero también se multiplica el esfuerzo. En el caso de los trabajadores cualificados, cuya escasez es muy acentuada, los salarios pueden llegar a superar al de algunos técnicos, con cifras a veces superiores a las trescientas mil pesetas¹²; ello se produce dado que no existe paro real en la profesión en Alicante -salvo algunas personas muy cercanas a la edad de jubilación, que en algún caso combinan el subsidio de paro con alguna «chapuza» domiciliaria- y que resulta difícil poder escoger entre albañiles conocedores del oficio.

Si los salarios son elevados comparados con los de otras profesiones antaño similarmente retribuidas, también es cierto que las condiciones de trabajo son a menudo muy duras. Buena parte de los trabajadores realizan jornadas laborales de diez o doce horas e incluso algunos trabajadores que no regresan a casa los fines de semana suelen trabajar toda la jornada del sábado (no obstante, lo normal es concluir el viernes al medio día o a primeras horas de la tarde).

Especialmente grave es el problema de la seguridad en el trabajo: el sistema de pago por obra realizada causa que muchas cuadrillas, para concluir antes, sacrifiquen alguna de las medidas de seguridad preceptivas; por ello son más frecuentes de lo que sería razonable los accidentes laborales. No existe, según fuentes sindicales, la sensibilización necesaria ante el problema.

Aunque existan empresas constructoras que facilitan alojamiento a sus trabajadores (desde ofrecer viviendas a construir barracones), lo habitual es que aquél corra por cuenta de los trabajadores por lo que no es raro que algunos pernocten durante el buen tiempo en la propia obra: «...hay algunas obras a punto de concluirse donde tal vez se queden, porque eso ha sido siempre y creo que sera». ¹³ Pese a estos casos, la mayoría suele alquilar algún piso o alojarse en pensiones; los alquileres suelen ser elevados (en relación a la calidad de la vivienda), por lo que tratan de compartir el gasto entre el mayor número posible de compañeros; tampoco es más barata la pensión completa, que en casi todas las localidades supera las dos mil pesetas diarias.

El clandestinaje es problema relativamente frecuente (en ocasiones querido por algunos trabajadores que cobran subsidio de desempleo, generalmente agrario, en sus lugares de origen). También se quejan algunos de que en las últimas semanas de realización de la obra se cobra menos puntualmente o cantidades menores, sobre todo cuando los contratos son de tipo verbal o las relaciones laborales con la promotora son ocasionales; algunos trabajadores alegan que existen coacciones en algunas empresas contra aquellos que pretenden acogerse a la jornada pactada en convenio.

Al contrario de lo que sucede en otras zonas del país, no existe un número mínimamente significativo de extranjeros trabajando en la construcción alicantina.

¹² «-¿Y el salario real?

-En torno a las cien mil, con horas extras y destajos incluidos.

-¿Cuánto percibe el personal cualificado?

-Mucho más, hay gente que puede llegar a las 350.000 pesetas, pero colocando treinta metros de azulejos diarios». (Conversación con Jacinto Gallego, Secretario Comarcal de CC.OO. de la Marina Baixa, Benidorm, 2/6/ 1989).

«Se contratan por unidad de obra: unos encofran, otros tabican... desde luego duplican y triplican el salario fijado en el convenio, pero también duplican y triplican el esfuerzo y el trabajo» (Conversación con J. M. Fuentes, Secretario de CC.OO. de la Construcción de Alicante, 16/5/1989).

¹³ Conversación con el secretario de la Federación de Construcción de UGT-Marina Baixa. Villajoyosa, 2/6/1989.